

# El Eco de Cartagena.

Año XXIV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7019

## Preios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 50 id.—EXTRANJERO tres meses, 11,25 id.  
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.

Números sueltos 15 céntimos.  
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

LÚNES 22 DICIEMBRE

## Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.  
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

## EL EJÉRCITO DE LA SALUD.

¿Qué será lo que se llama el ejército de la salud? Una pregunta que muchos de saber lo que eso significaba; y como la curiosidad aguzó el ingenio, buscando entre los periódicos franceses, no tardé en averiguar que es sencillamente una secta religiosa de pietistas ó puritanos de la iglesia anglicana.

El principio de esta secta no puede ser más honrosa.

El ejército de la salud dió comienzo en 1865 por un pastor disidente de la iglesia de Wesleyenne, que se tomó el trabajo de evangelizar á las multitudes errantes, ó sea á los vagamundos, mendigos y ladrones que infectan los barrios de Londres.

Mister Booth, que así se llamaba el disidente pastor, tuvo la idea estraña, el año 1878, de constituir su congregación bajo una forma militar, á fin de establecer en ella la disciplina y las gerarquías; y de la misión cristiana que habia proyectado al principio, hizo el ejército de la salud.

¿Por qué lo llamó ejército? Porque estaba destinado á hacer la guerra. La guerra? ¿á quién?

La guerra al «pecado.»

¿Qué se entiende por pecado? Hé aquí en donde empiezan las cosas á embrollarse.

El pecado principal consiste en no ser puritano y en no pertenecer al ejército de la salud.

Este ejército es verdaderamente un ejército en campaña. Trabaja como todas las religiones que hacen el proselitismo, en conquistar al mundo. Lo que la distingue de las otras religiones, sectas, congregaciones, y órdenes religiosos es su organización militar, el papel que representan en ella los afiliados y la escentricidad de sus medios de acción.

La organización es completa; Mr. Booth la formuló en libros cuyas instrucciones son claras y precisas; titúlense «doctrinas y disciplinas» uno de ellos, y el otro «Órdenes y reglamentos», estando éste último calculado y con copiado palabra por palabra, de los reglamentos del ejército inglés.

Naturalmente, Mr. y Mdme. Booth, son los generales en jefe para toda la cristiandad, y hasta hace muy poco han permanecido en París, con todo un lucido estado mayor, mis Kate Boot, capitana generala ó *marechale*, delegada para conquistar á Francia, Bélgica y Suiza. Pues las mujeres en el «ejército de la salud», son iguales y hasta frecuentemente superiores á los hombres; así que entre el estado mayor de mis Booth en París, figuraba un capitán Annet y un coronel Vint.

Esa cooperación activa y predomi-

nante de las mujeres es uno de los rasgos distintivos de la secta, ya que no el único. El señor Booth ha sentido el principio, y para que principio, el dogma de esta preferencia, apoyándolo con citas bíblicas en un pequeño librito titulado: «El Ministerio de las mujeres.»

Una de las razones de esta preferencia es que la mujer tiene más fácilmente que el hombre, el don de encantar y seducir, y que en su consecuencia, las predicaciones de las mujeres deben de ser mucho más eficaces.

En Inglaterra, puede que esto sea posible, pero en España y en Francia, países en que la mujer tiene mayores encantos y acaso más influencia sobre los hombres, no será con sermones como ejerciten sus seducciones, de seguro; así hemos visto que los ejercicios de las tropas de la salud han causado más bien extrañeza y curiosidad, que placer entre los parisienos. En un principio la cosa mal comprendida, fué mal recibida, y á poco acaba de mala manera. Cuando vieron en las calles de París, las jóvenes, de las que muchas son tiernas y frescas, entre las que hay tres ó cuatro bonitas, ofreciendo libritos y periódicos á los paseantes, se las torció por otra cosa de lo que eran y no tardaron en surgir incidentes trágico-cómicos. Hoy el ejército de la salud se halla en Francia bastante conocido, aceptado, y se permite con tolerancia absoluta que el público parisien vaya á presenciar y á tomar parte en los ejercicios.

La excentricidad de semejantes maniobras, tratándose ántes de un público francés, no deja de ser sorprendente. En el número 187 del muelle de Valmy, en una especie de capilla, tienen lugar las reuniones todas las tardes al oscurecer, y algunas veces hay dos reuniones al día. El aspecto que aquello presenta es extraño; en el fondo, sobre gradines rectilíneos, se hallan sentados los oficiales y soldados de el ejército de la salud. Inútil como decir que las mujeres dominan en la asamblea, pues hay lo menos nueve por cada diez personas. Véanse allí tipos de viejas emancipadas, caras medio burguesas que parecen sentir desdichas; aquello es conmovedor y ridículo. En el centro de los gradines bajos se halla la mariscala con su estado mayor; á la derecha de la mariscala la música, que se compone de dos violones, una guitarra, un cornetín de pistones y un piano cobijado por la bandera tricolor; teniendo además una gran caja de guerra que mete un ruido infernal. La música la compone gente pagada y mercenaria; son los mismos soldados y oficiales los que dan las

instrucciones. El cornetín de pistón lo toca el señor capitán Vint.

El espectáculo es siempre interesante, pero sobre todo en los días que la mariscala oficia por sí misma.

No es lo que menos tiene que ver esa mariscala con sus grandes ojos extasiados y su apasionado acento. Desembarazada de la enfadosa capota en donde su cara está oscurecida, sorprende la distinción, finura de sus facciones y encantadora dulzura.

Y no es menos de admirar, entre las rarezas del ejército de la salud, ver una joven de veinte años, graciosa y linda, expedida por sus padres en busca de aventuras en la vía pública, y encargada de «tomar á París», que no está muy acostumbrado á dejarse tomar por las vírgenes, sino por todo lo contrario.

En el muelle de Valmy, la mariscala abre la sesión militarmente: *Marchemos á la guerra*—música.—La ceremonia empieza por un canto del que la mariscala vá diciendo anticipadamente. La música es un poco militar y alegre, y fuera de ciertos momentos se reconoce en ella difícilmente el carácter religioso. Luego vienen las oraciones generalmente dichas por los hombres. Después la mariscala toma la palabra y no sin vehemencia, con elocuencia muchas veces, conjura á pesar de su acento inglés, á los pobres pecadores á que se conviertan lo más pronto posible: «Volverás á reincidir esta noche, pobre pecador? La mariscala entonces con música conmovedora, adjura, ruega, amenaza, declara que la cólera de Dios acabará por derribarlo todo, y su gesto se hace imperioso y amenazador, cuando grita con trágico tono: «¡Temed, temed la cólera del corde-ro!»

Sus cortos discursos son interrumpidos por paréntesis é intermedios. Por cánticos al principio, con música siempre, y luego por «confesiones» personales. Los «pobres pecadores» cuando por los más frescamente «redimidos», son llamados á contar la historia de su salud; y como de perfectos ganapanes que eran, se han convertido en modelos de santidad. Por momentos la mariscala, siempre con la mayor unción, toma la palabra, suplica, conjura y llama al pobre pecador, y algunas veces se vale de sencillas expresiones inesperadas. «¿Qué durante la noche tengais necesidad de un amigo? Y siempre encantadora, con los ojos bajos y animado el semblante, con sonrisa exaltada llena de dulzura repite: Señor, ¡ah, mdme hoy!»

Entre tanto se hace una pequeña coleta, porque hace falta pagar los gastos. Además, las órdenes y re-

glamento ordenan que se pida. El que ha redactado esas órdenes es hombre de experiencia, afirma que las repetidas peticiones no alejan al público. Y en efecto, lo que distingue la verdadera fé en todas las religiones, es que sean siempre pagantes y no paganas.

Una fé que no paga, no es fé sincera.

Todas las excentricidades de estas ceremonias, y muchas otras aun, son además perfectamente calculadas y presentadas. Los reglamentos las ordenan, y las explican con una mezcla de fanatismo ingenioso y de erudición sábia. Los medios de efecto, se dice, son buenos porque atraen al auditorio. El librito, en cuestión, contiene toda una teoría sobre esto. El pobre pecador, generalmente, no dá nada y concurre sin anuncios, pomposos. El modelo de ellos se debe á la misma mariscala que cierra siempre la reunión con estas palabras á guisa de *itemisa est*. *No olvidéis á Jesús... ni el 187 del muelle de Valmy* Además la mariscala, que tiene plenos poderes, está encargada de apreciar cuales son los medios de efecto y los órdenes de guerra que conviene modificar para adoptar las operaciones al temperamento de los países donde hace la campaña. «Lo que es bueno en Inglaterra, es malo en Francia», decía ella á un amigo que le interrogaba sobre este punto.

Hasta ahora la mariscala no ha podido aun tomar á París, á ese París al que tanto ama. Pero el ejército de la salud ha encontrado, cuando menos, libertad, una libertad casi completa, para obrar á su antojo, que no en todas partes ha tenido; pues hasta en la libre Suiza ha encontrado entorpecimientos. La generala pretende haber hecho numerosos prosélitos en Génova y en Neufchatel. Lo creo posible, puesto que ha sido perseguida. Pero en Francia, como la libertad religiosa es el fruto de la indiferencia, estas devociones excentricas pugnan con el genio y los gustos de los franceses. El ejército de la salud tiene sus gustos, aunque no sean enormes, pues el Estado Mayor está poco ó nada pagado. Se tiene cuidado de decir que el jefe del ejército no está retribuido: desde que empieza el movimiento el Señor provee á su entretenimiento con recursos independientes á los del ejército. En París, todos los gastos del ejército, comprendiendo el Estado Mayor, son quinientos ó seiscientos francos mensuales. Y los parientes de los principales oficiales, como el capitán Anne, por ejemplo, proveen con su bolsa el entretenimiento de sus hijos; hay división entre los oficiales solteros y casados.

En una palabra, tal como está